

Olafur Anthead
MÍSTICA DIGITAL

prólogo de Kawabata Konoe
traducido por Iván Díaz Sancho

Portador de luz: la llama y el gesto

A esos dos jóvenes videoartistas callejeros de guerrilla que un día conocí al azar cerca de la Sagrada Familia (torre de cerillas esperando ser prendidas) mientras grababan la danza de una hoja derviche que giraba impulsada por el aire sobre una alcantarilla. A Rin —que en japonés significa fósforo— y a Olafur —que no significa nada y cubre todo—.

Recuerdo los días en que mi abuela, frente a la fotografía de mi abuelo en el altar, prendía una barrita de incienso con una cerilla, frotándola sobre la lija de una caja con la ilustración de un elefante. Fue así como descubrí los rituales y el sentido de las rutinas; también lo exótico. Más tarde, todavía niño, descubrí la parte lúdica de los fósforos a través de las ilustraciones del maestro Anno Mitsumasa: conservo la memoria de un arlequín subido a una caja de fósforos, creo que ilustrada también con un elefante. El arlequín, inmerso en una escena circense, estaba pintando un león sobre un mural, como si la creación, el dibujo, fuera la única manera de domar lo salvaje —el pincel en vez del látigo.

De la adolescencia, un poema de Shuji Terayama grabado en mi mente: En el momento de prender un fósforo / se levanta la niebla sobre el mar. / ¿Vale la pena acaso sacrificarse por la patria? Y ya de adulto, junto a esa preferencia por lo conceptual — porque cuando uno se hace mayor todo lo pasado no se vive más que como un concepto — un viaje a Barcelona en el que descubrí la escultura de un librito de cerillas hecha por la pareja Claes Oldenburg y Coosje van Bruggen; obra que sirvió para que me reconciliara con un arte pop que llegué a detestar profundamente en cada boutade de Warhol.

Hubo también literatura-cerilla, quedando calcinada justo en el momento en que brillaba más intensamente (parafraseando a Barthes). Y montones de películas en blanco y negro. Entre las que más me impactaron, Cenizas y Diamantes. La vi proyectada en una de las tertulias organizadas en el café Max1921 de Kioto por el profesor de historia socio-económica Shinsuke Hosoda, experto en cultura polaca y en la Europa revolucionaria. En una de las primeras escenas, Maciek, el protagonista, soldado y matón del movimiento de resistencia nacional polaco, le enciende el cigarro con un fósforo a Konrad Szczuka, representante del partido de trabajadores polacos y comisario comunista. Es la premonición de su asesinato. El disparo fosfórico de un encuentro fortuito que será sustituido al final de la película por los disparos del revólver de Maciek, quien como un Judas arrepentido se fundirá en un abrazo con su víctima, antes de huir hacia su propia muerte.

En otra escena premonitoria, Maciek utiliza cerillas para iluminar lápidas en el cementerio (donde aparecen a la luz del fósforo precisamente las palabras que conforman el título de la película). Y un poco antes, para prender vasos de vodka nombrando a sus compañeros muertos por la causa, como si fueran fuegos fatuos. Fue entonces cuando supe que el fuego de la cerilla contenía también un soplo de muerte.

Posteriormente, gocé de encuentros fortuitos con grandes artistas que le dedicaron tiempo al fósforo, aunque nada comparable a los montajes digitales de mi apreciado amigo Tomohiro Okazaki, animador de un pedazo de madera inútil que, a pesar de haber muerto, sigue usándose en variaciones infinitas.

Con todo, después de tanto recorrido y de tantas historias, siempre vuelvo a la escultura de Oldenburg y van Bruggen. Hay algo en ella que me desconcierta. Quizás sea su forma de mano, con las cerillas dobladas hacia uno y otro lado como si fueran dedos torcidos, y un sexto dedo imposible doblegado en un sexto sentido. Su aspecto de garra atrapa mi atención, persiguiéndome en el sueño como los guantes de Freddy Krueger, aunque haciéndome reír, al mismo tiempo, con las cosquillas que me provocan sus colores planos, rojos y amarillos. Hay pues también algo en ella que me reconforta. Y está, en lo alto de una sola de las cerillas, envolviéndole la cabeza, una llama azul, como un dedo que señala al cielo y parece enviar un mensaje de trascendencia. Ah, la llama que invita a filosofar en una noche ociosa y fría de tormenta en un hotel de Kanazawa, cerca del antiguo barrio de las prostitutas donde creció sin madre el escritor Izumi Kyoka...

Acercar las manos al fuego: uno de los primeros gestos que nos humanizan, que nos aleja del frío de las primeras noches primitivas, a pesar del riesgo de quemarse las yemas. La humanidad nace al calor de la llama y nos ilumina, pero si nos acercamos demasiado, nos calcina. El fuego es un llamamiento a la mística (en catalán, según me comenta Ángel Moreno, cerilla se dice misto): la protección del cuerpo y a la vez el sacrificio de la carne. Nace alrededor del fuego el silencio de la contemplación, pero nacen también las historias, así como las caricias.

Señalar con el dedo un objeto: uno de los primeros gestos que nos humanizan, que nos aleja de la incomprensión de un mundo innombrable que nos abrumba, como si los dioses prendieran fósforos que no se apagan nunca, provocando el neblumo de nuestra ignorancia. El lenguaje es la extensión de un esfuerzo por señalar las cosas que flotan sin nombre en un entorno velado. Todo es difuso hasta que el lenguaje, o la señal de un dedo, lo segmenta. En ese gesto, el de señalar —física o conceptualmente—, se origina el sentido: el cuerpo ya no es solo cuerpo, sino también lo que señala. Observa la punta del dedo y te perderás la luna, le dice un anciano señalando al cielo a un jovencito que lo mira embelesado.

Nace también señalando la dirección, y con la dirección un yo que se sitúa en el vacío, una identidad en el bosque de lo innumerable buscando su propia ubicación. No obstante, en un exceso de confianza, el descubrimiento del sentido, de la dirección, arrastra al ser humano a la aventura, donde corre el riesgo de perder las señales que lo cobijan. Como consecuencia, se desorienta. Toda señal es el encubrimiento de una pérdida.

De ese modo, perdidos en un mundo a oscuras, tanteamos a ciegas con las yemas de la identidad, trazando figuras en el aire que otros perciben solamente un instante, en lo que dura prendida la cabeza de un fósforo. Antiguamente, para expresar ese instante, dejábamos huellas de manos en las paredes de las cuevas. Un gesto natural que empezaba a ser historia en cada iluminarse. Pero ya no quedan cuevas, ni antorchas, ni identidades a oscuras.

Las huellas dactilares, convertidas en fósforos de papel, se transforman ahora en la expresión máxima del principio de individuación, representando la narración de la identidad desde sus orígenes fósiles —en la oscuridad comunitaria de la cueva—, hasta el fallecimiento del fósforo como herramienta individual en aras del totalitarismo impersonal de la luz eléctrica. Un eón que el papel, material inflamable por excelencia, preserva con ironía, alejándolo de su muerte inminente e inmediata.

Kawabata Konoe

Kanazawa, en algún momento del 2020

Traducido por Iván Díaz Sancho













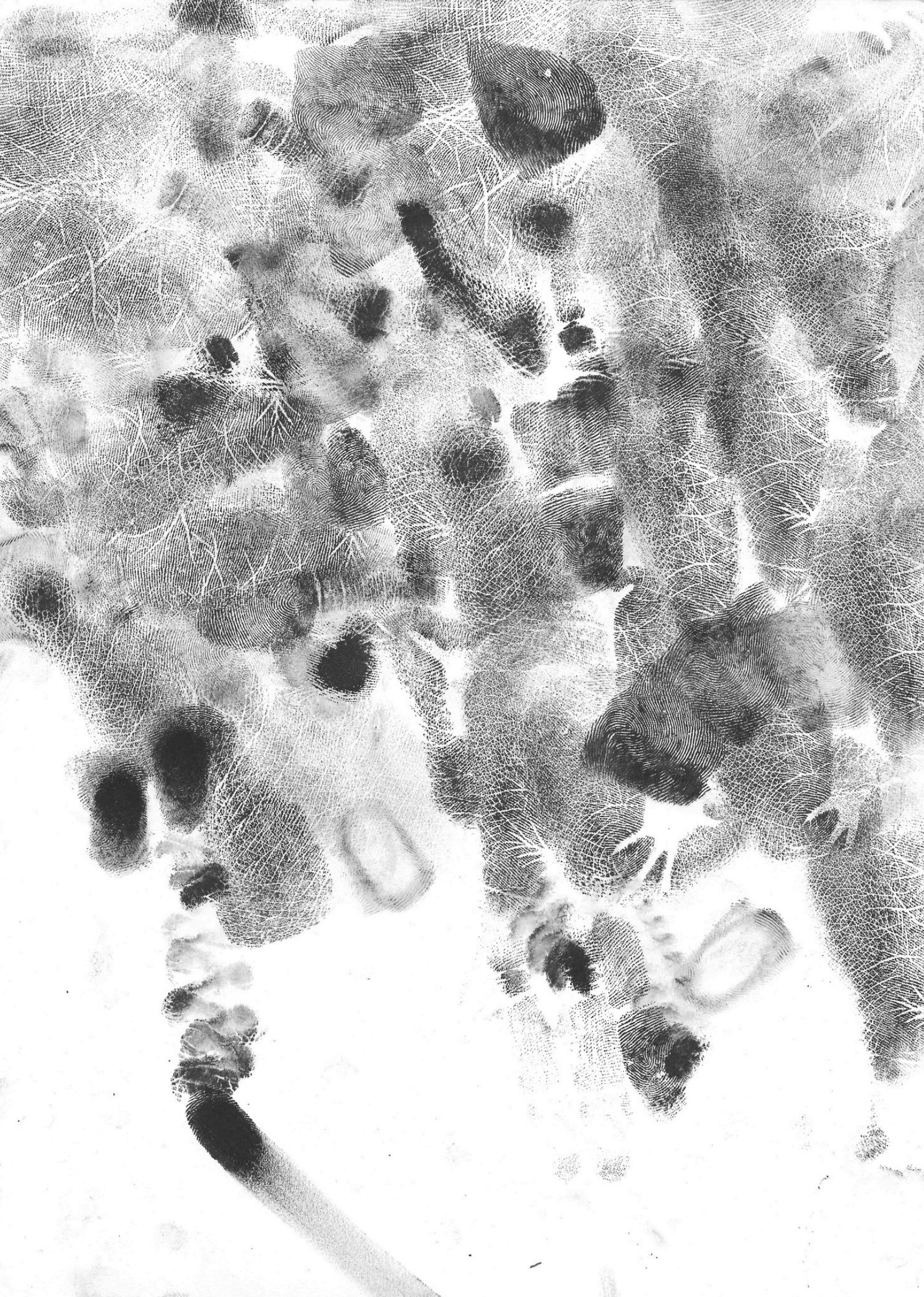








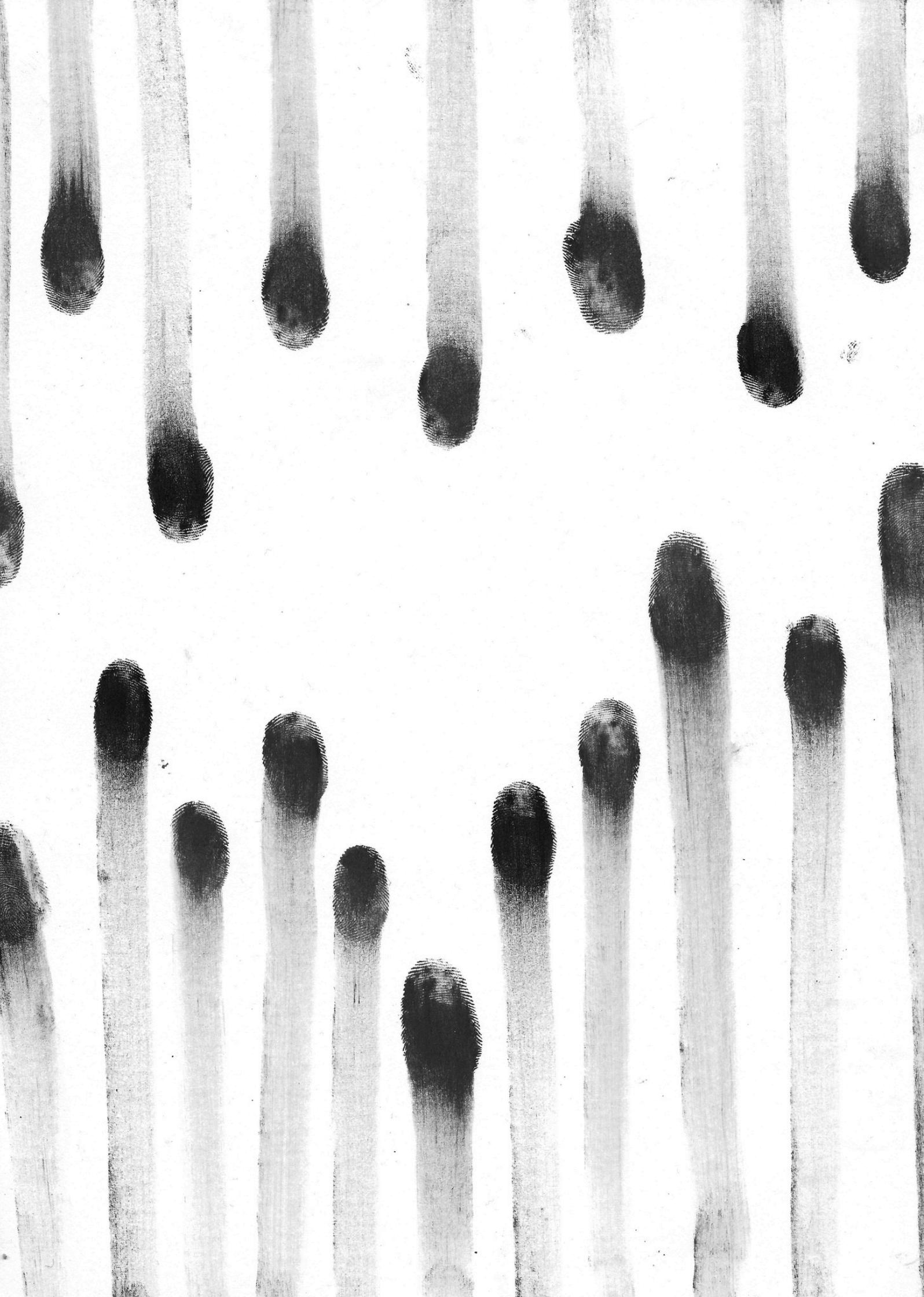


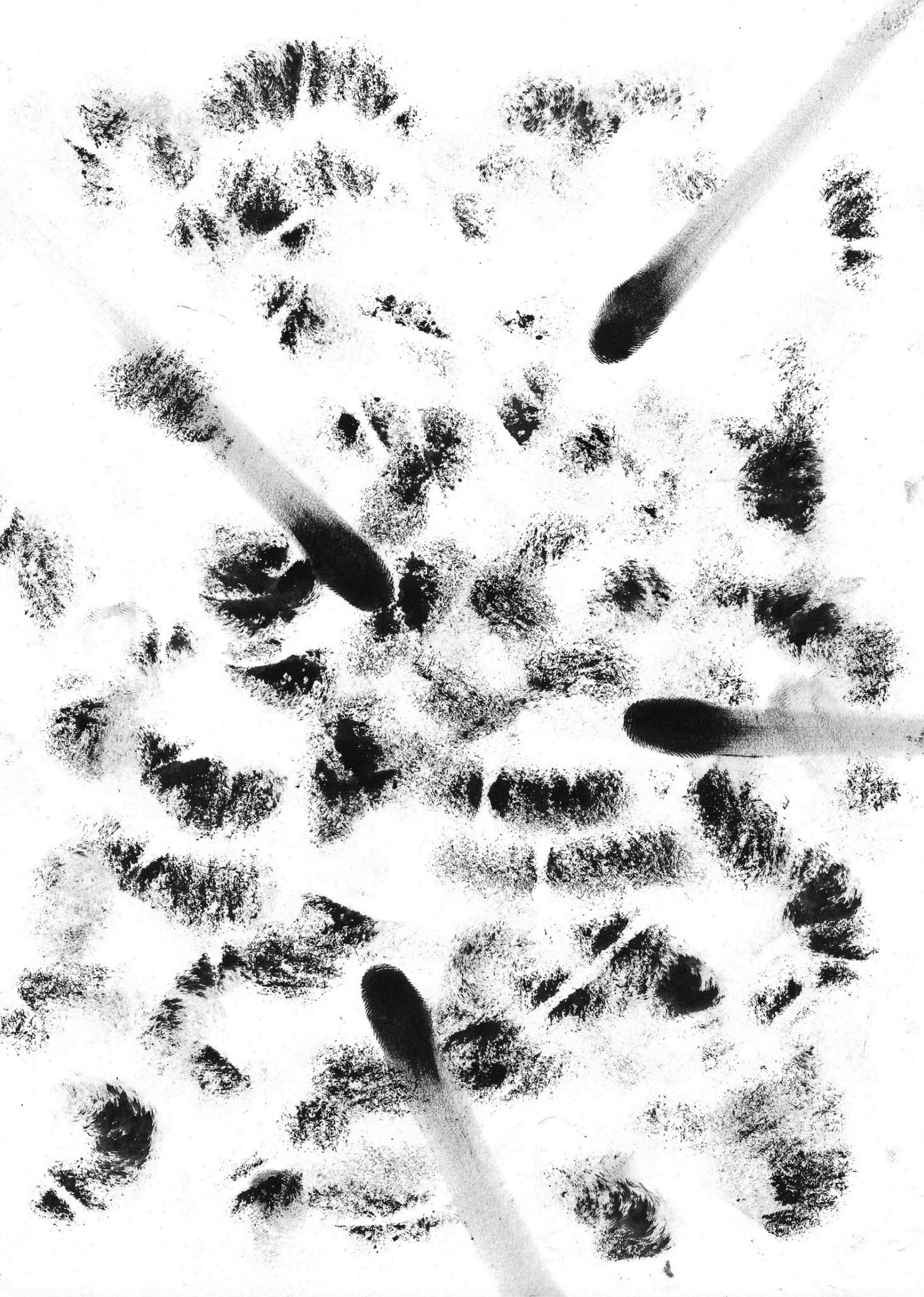












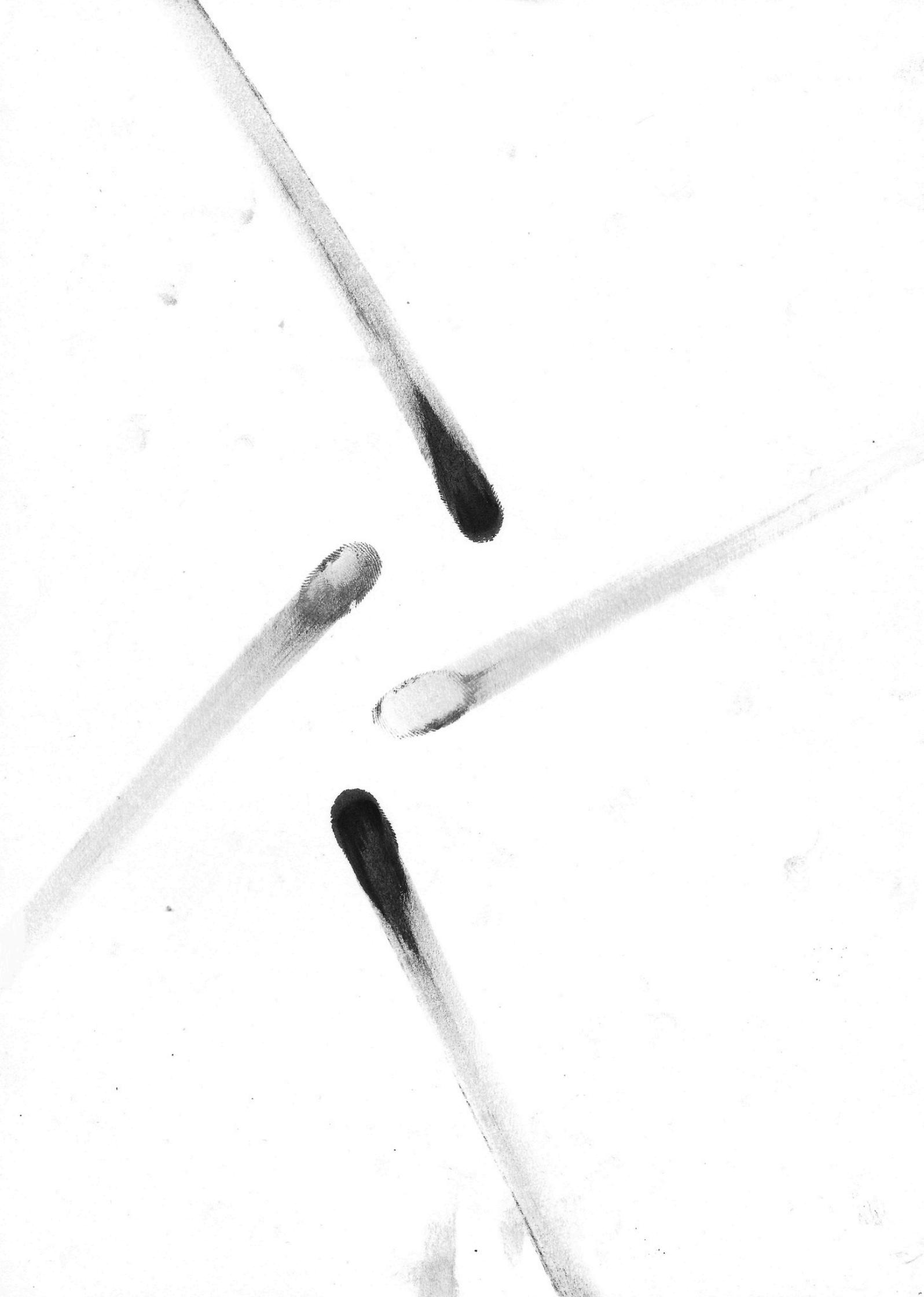


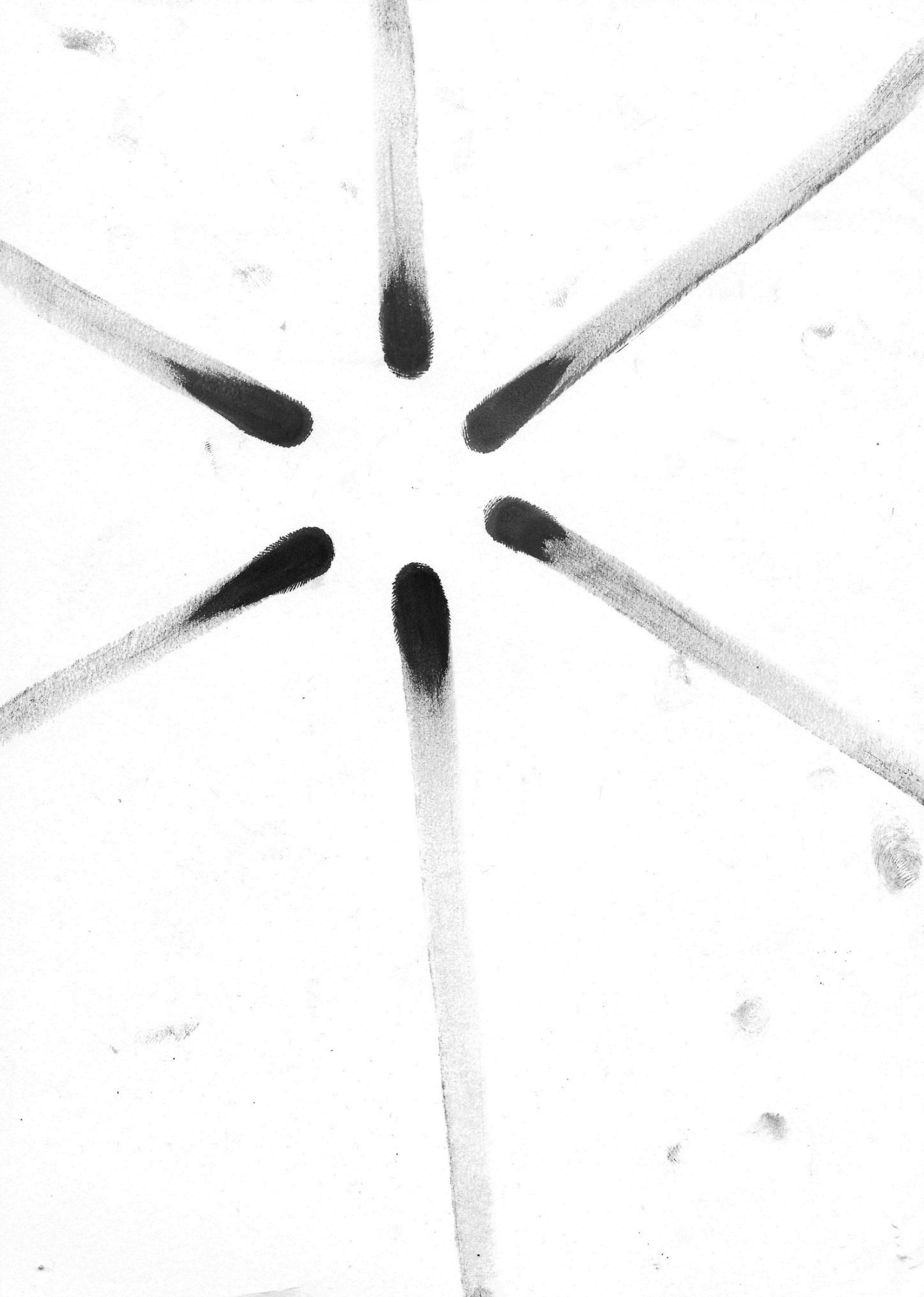


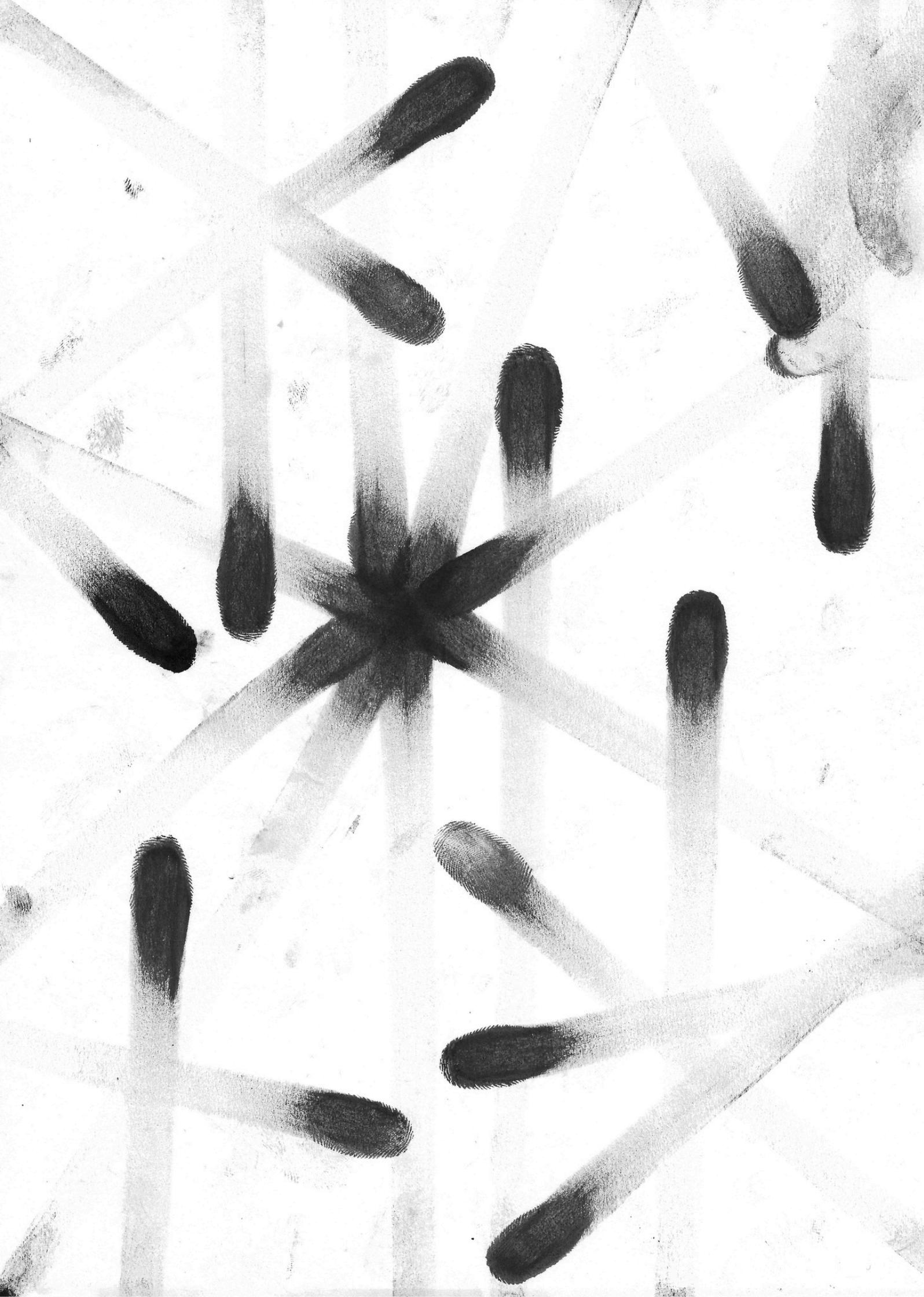


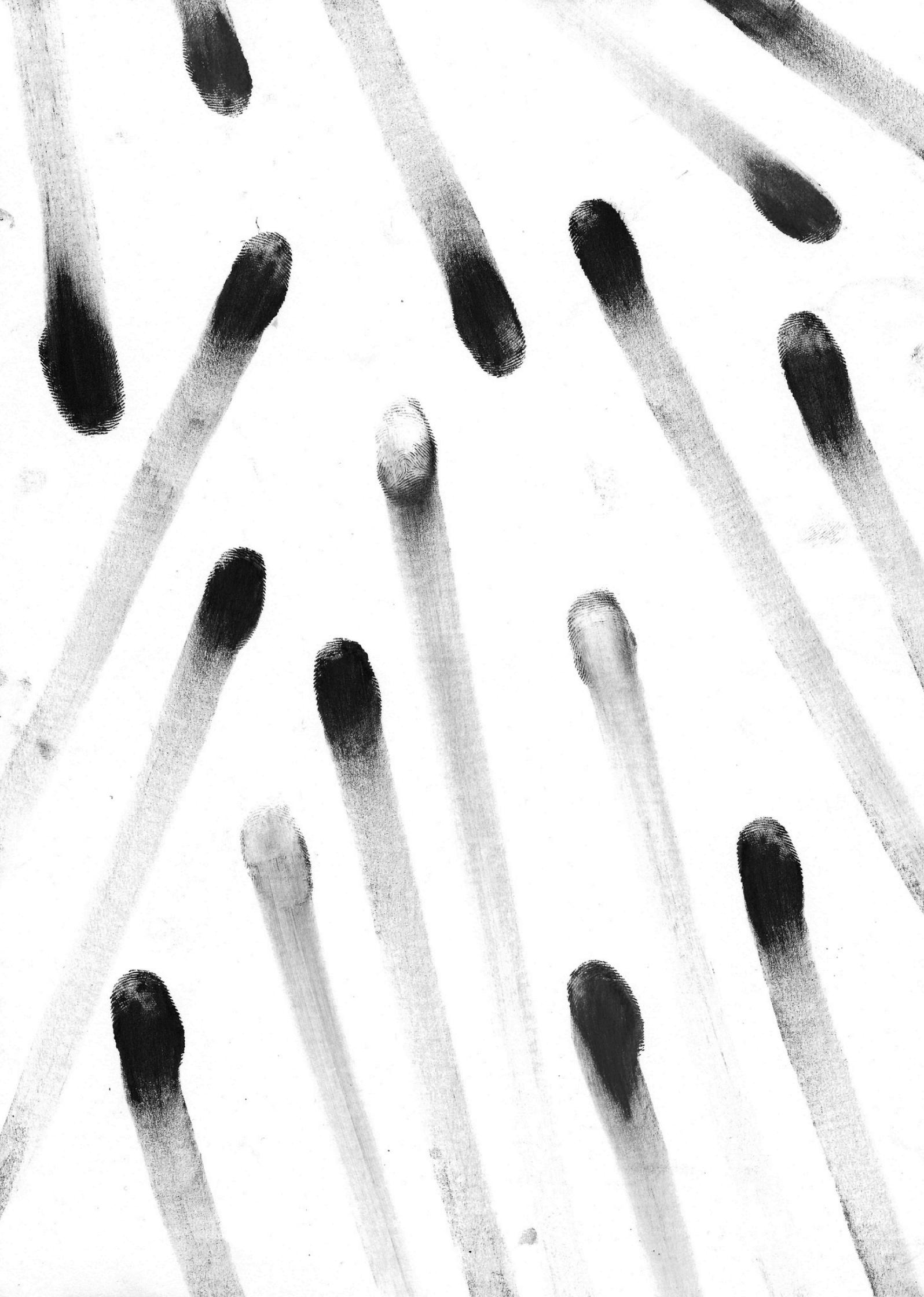


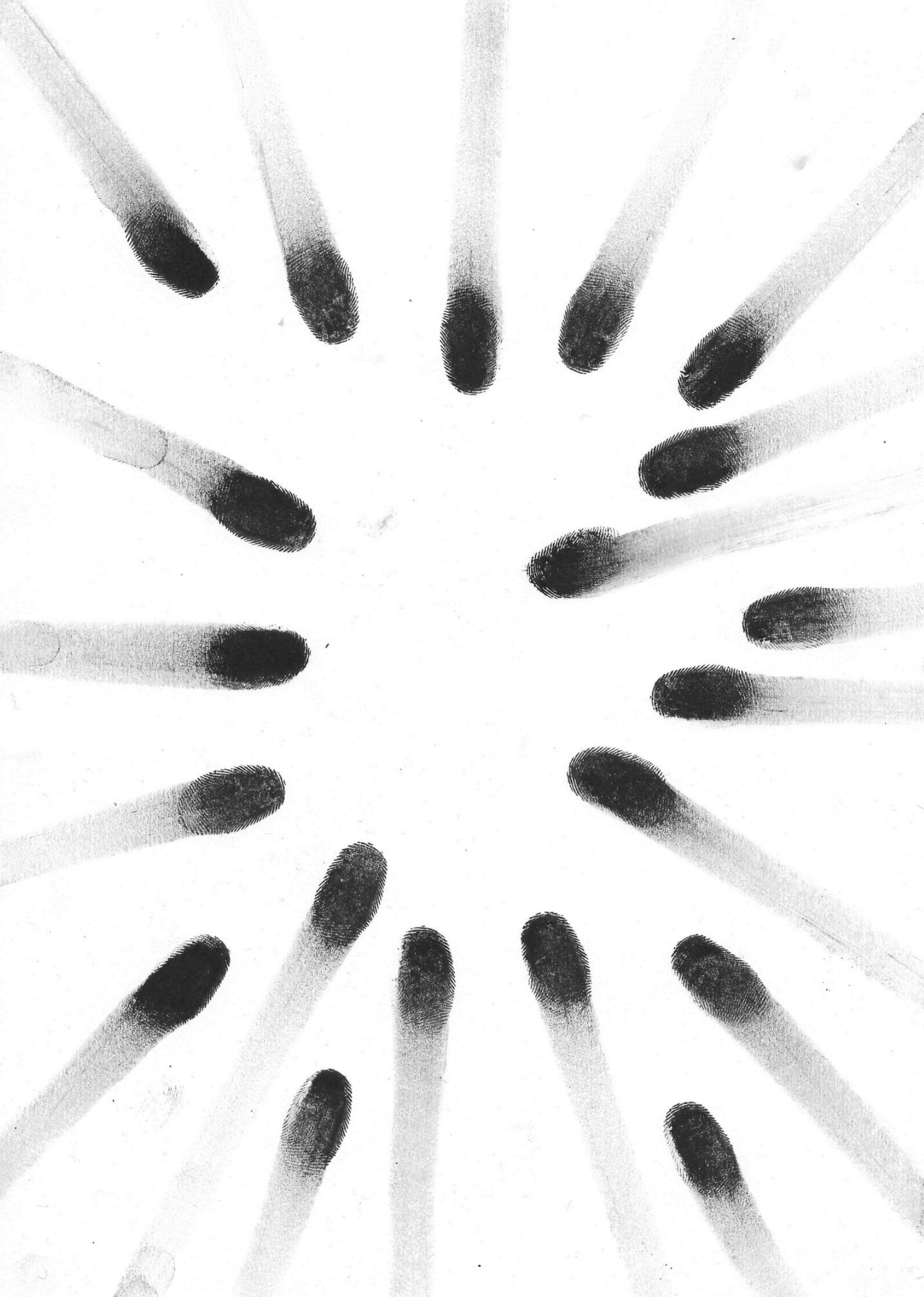


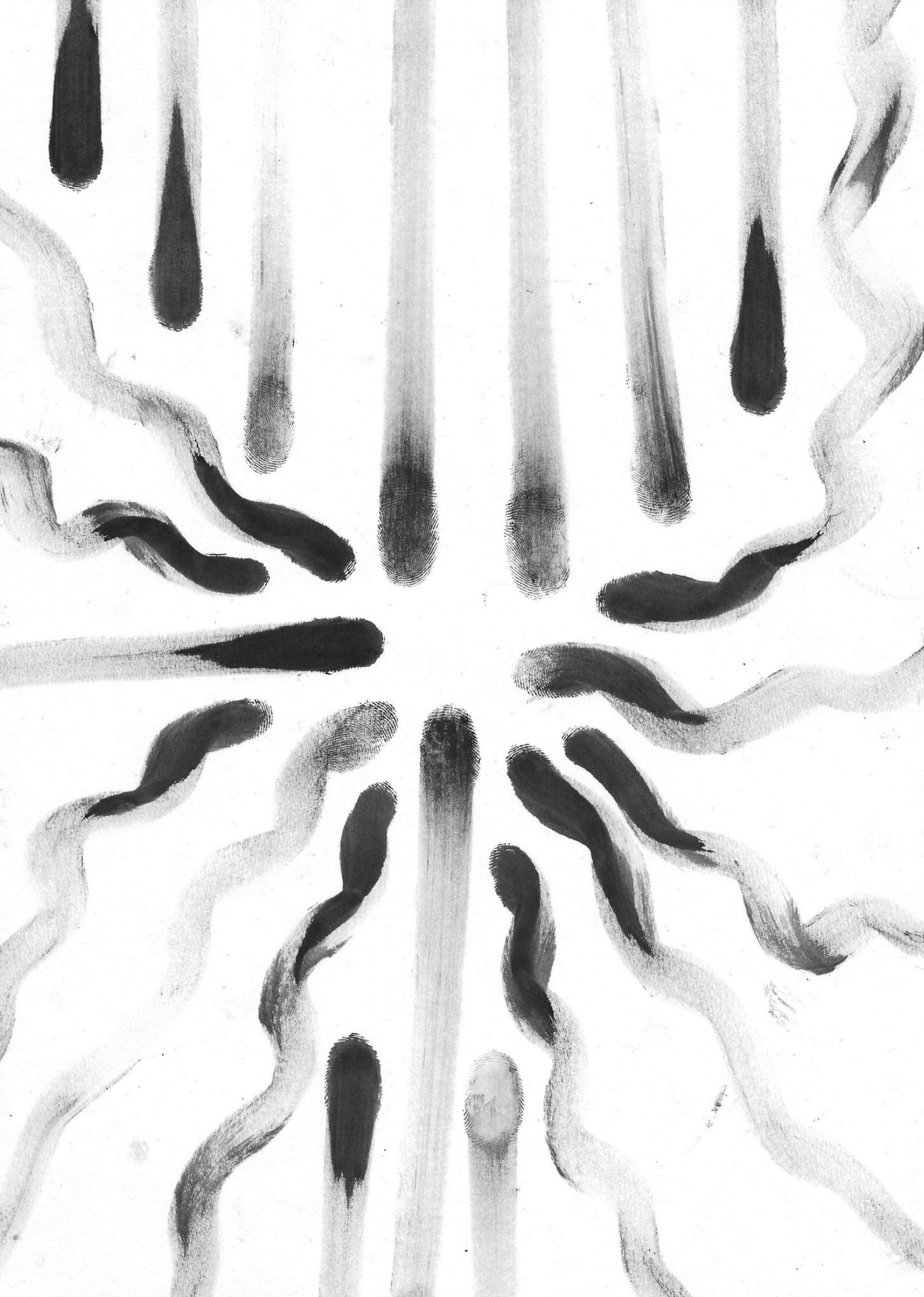








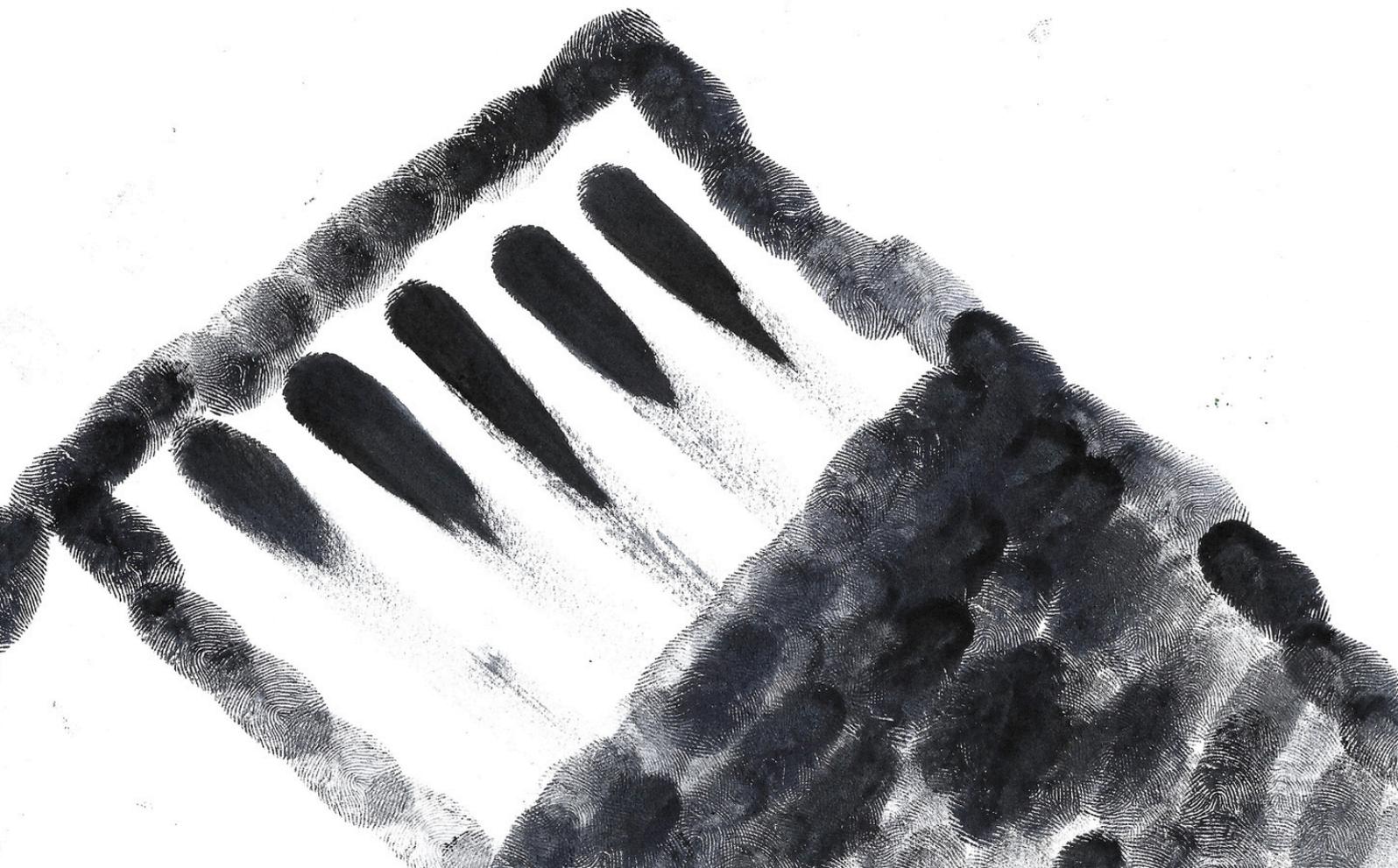


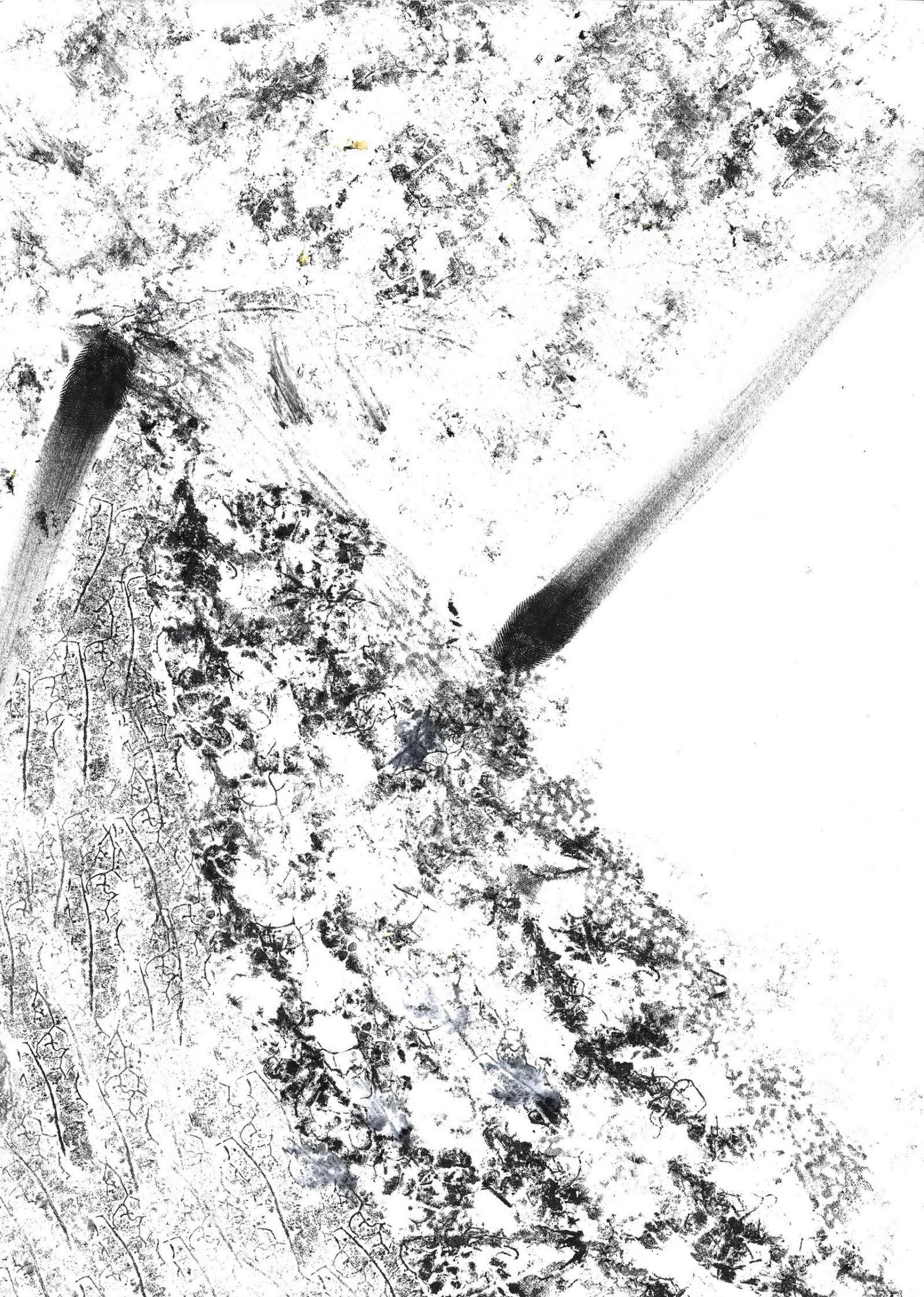






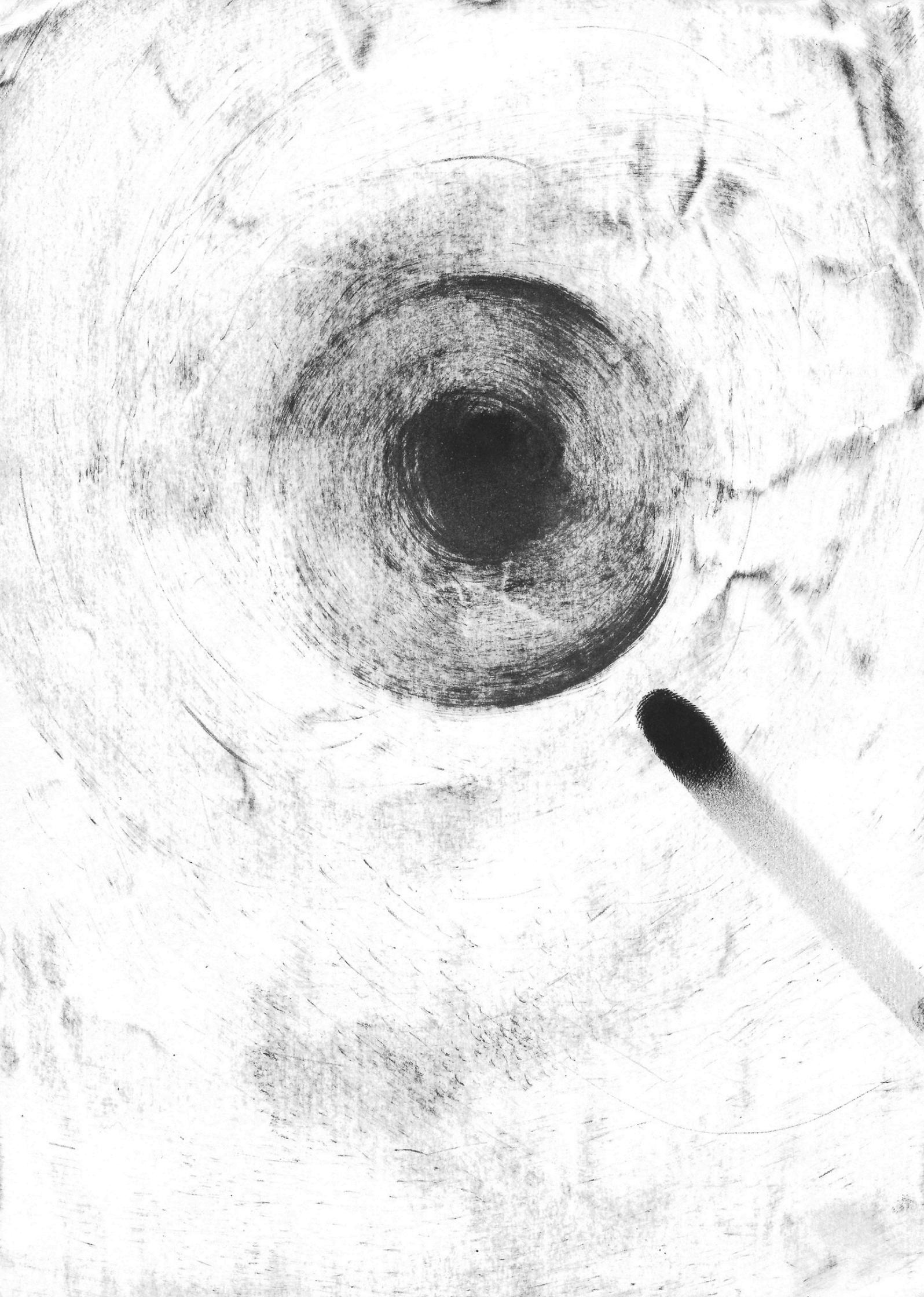


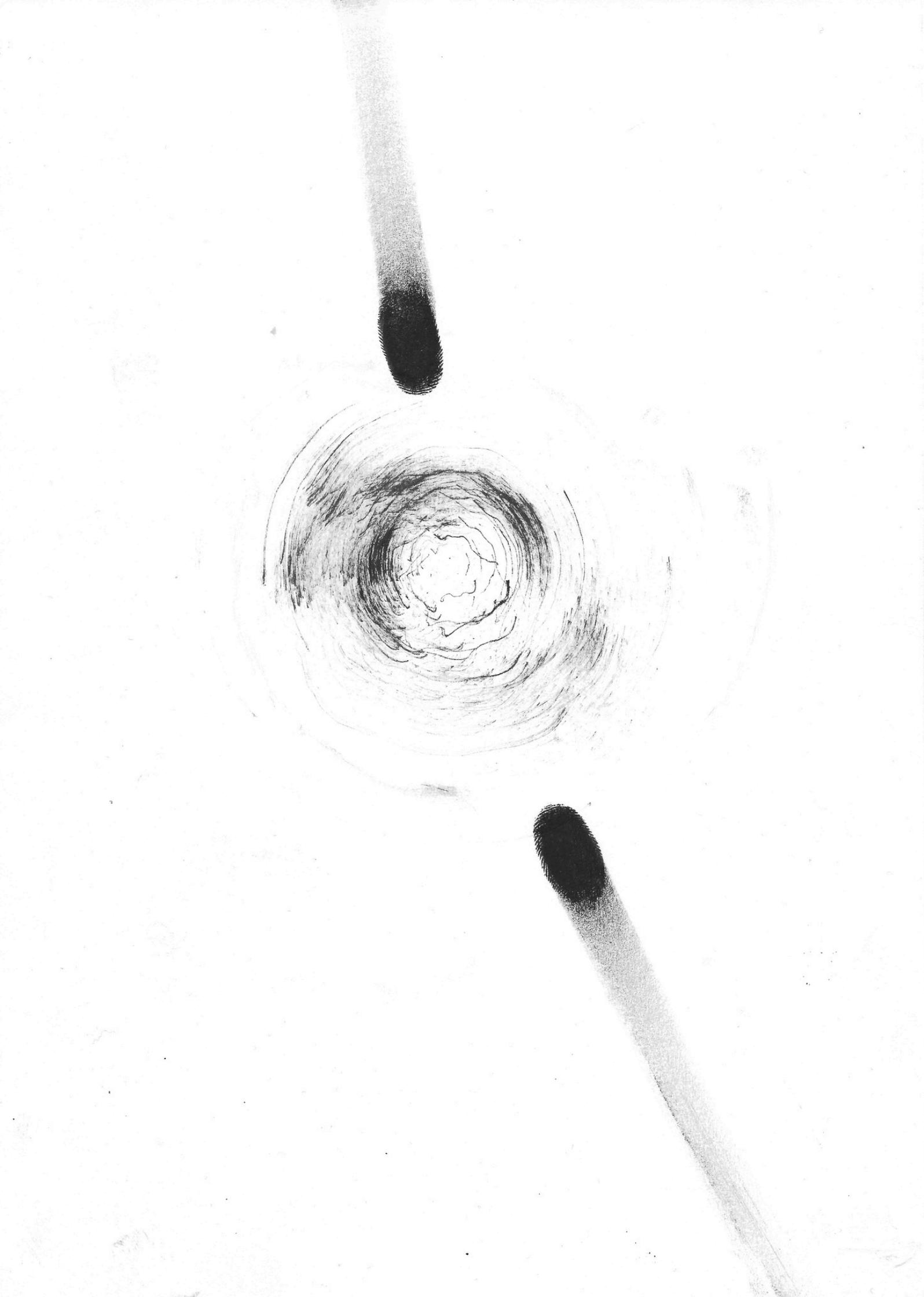








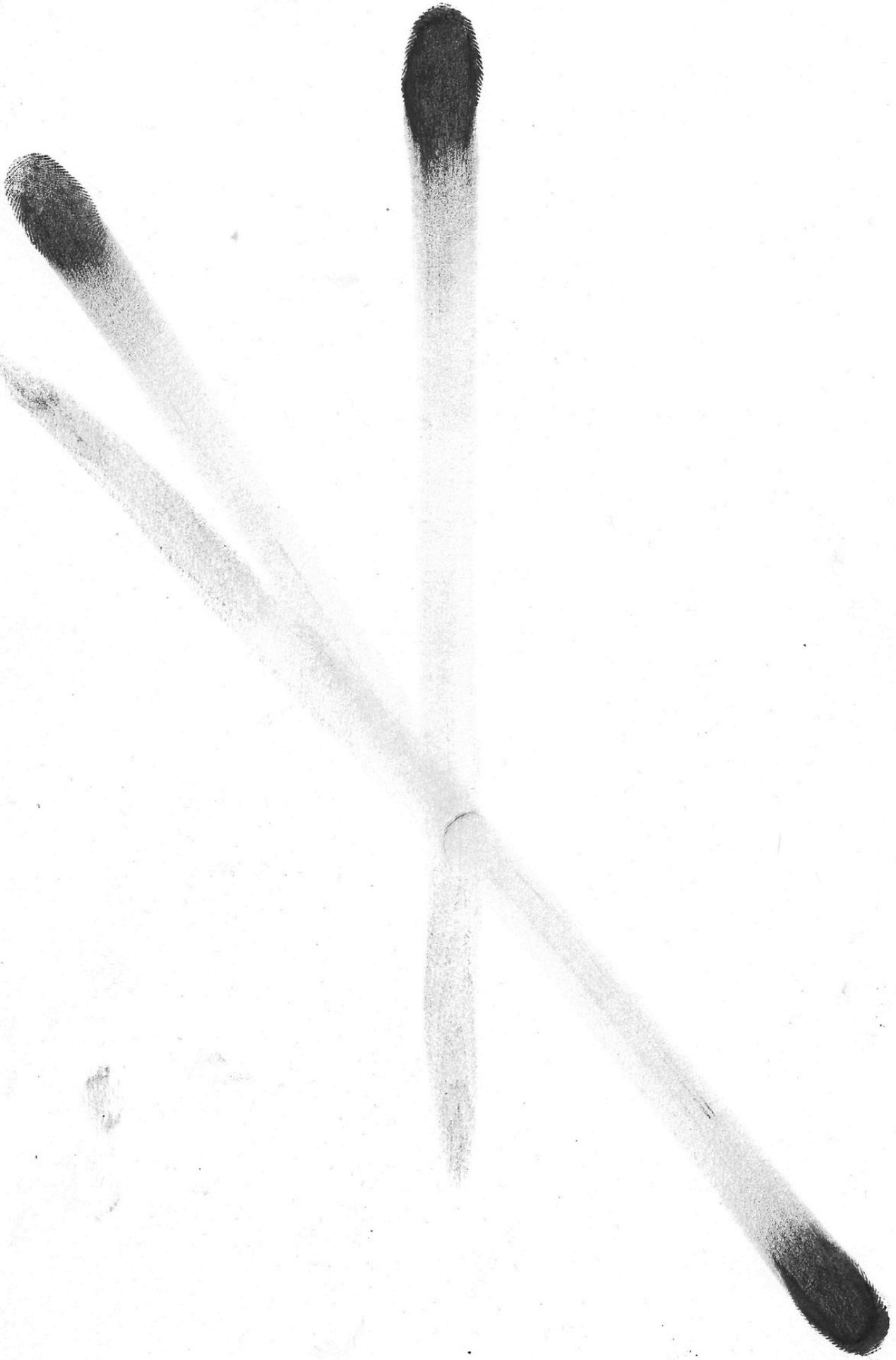




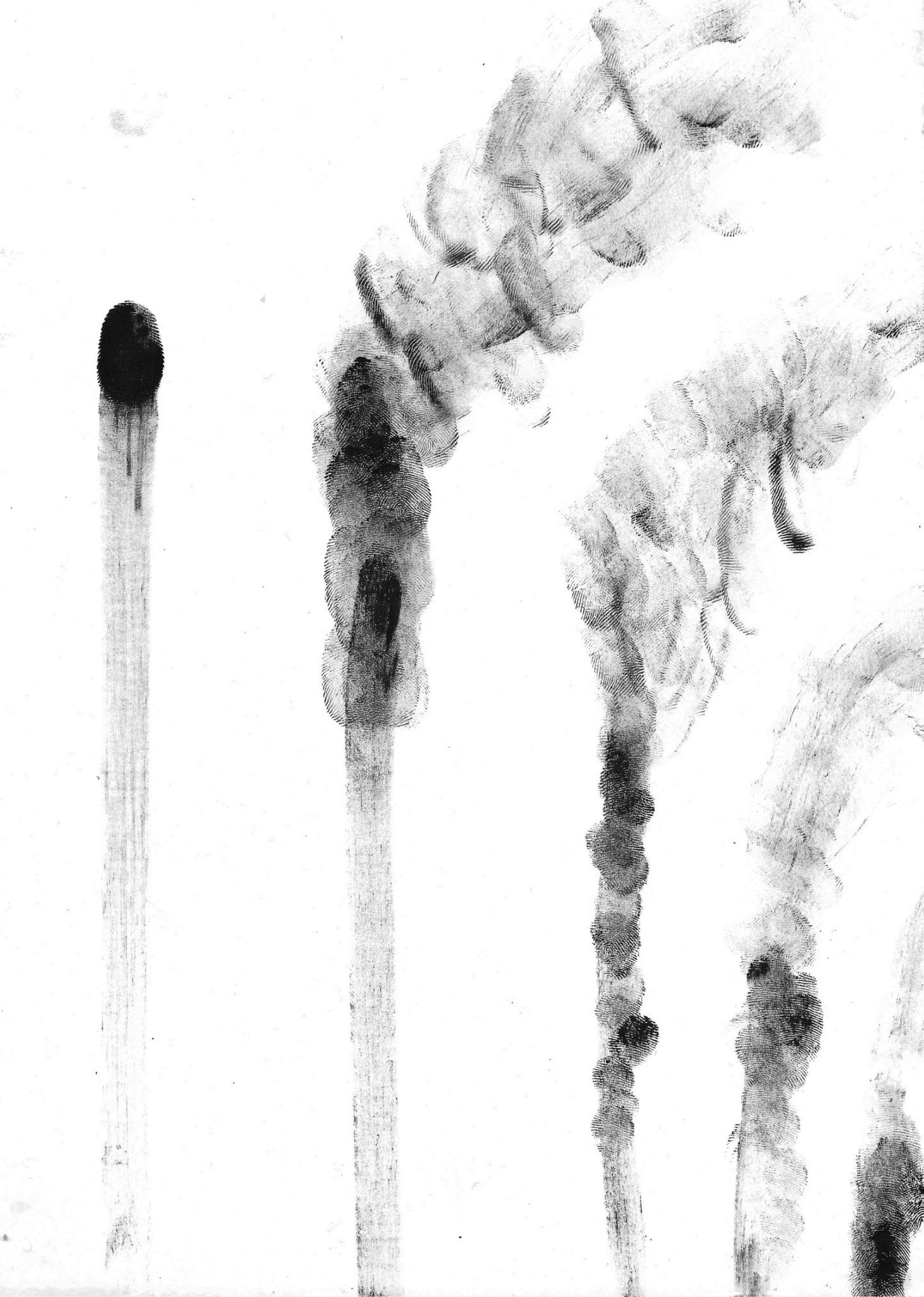






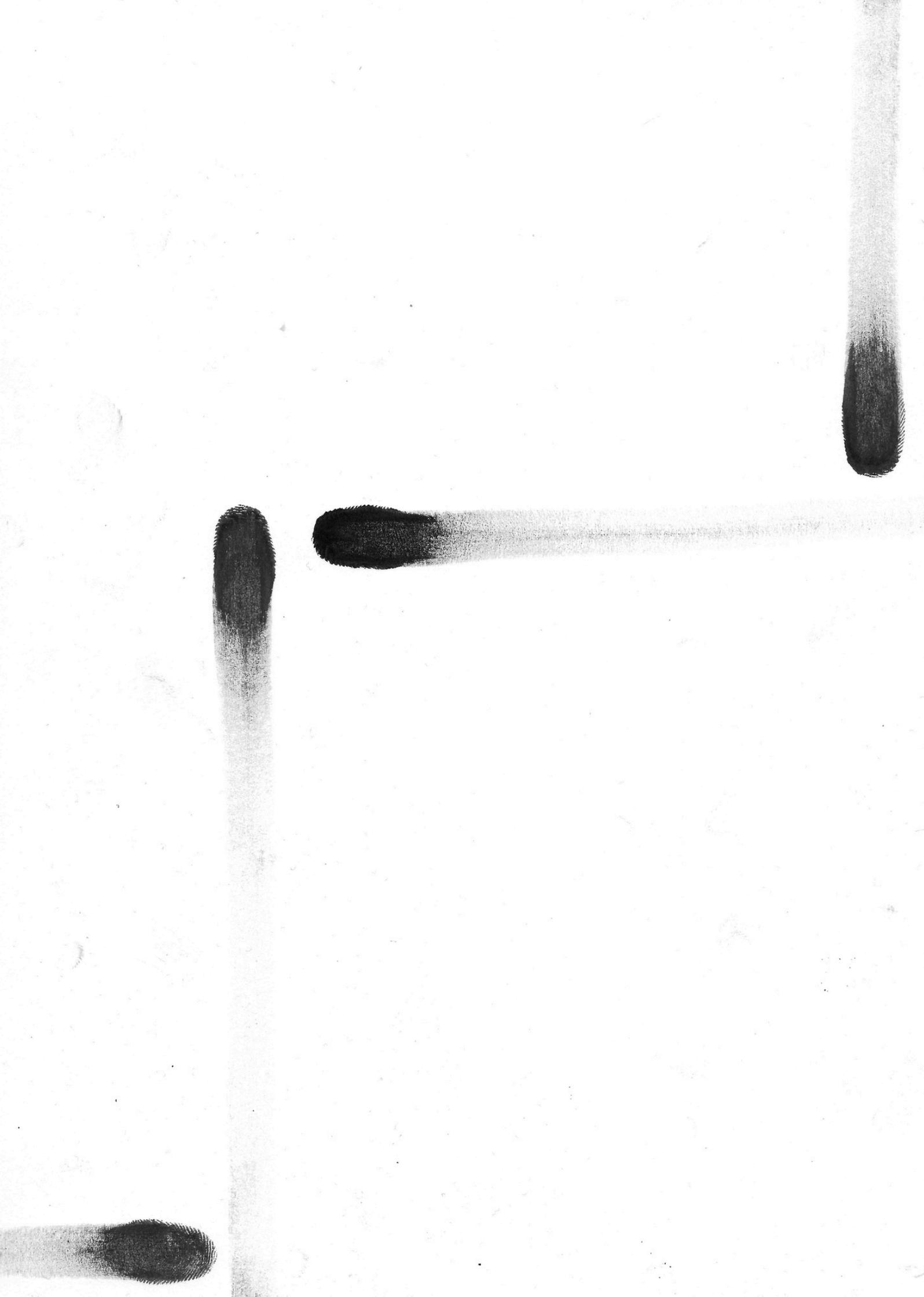






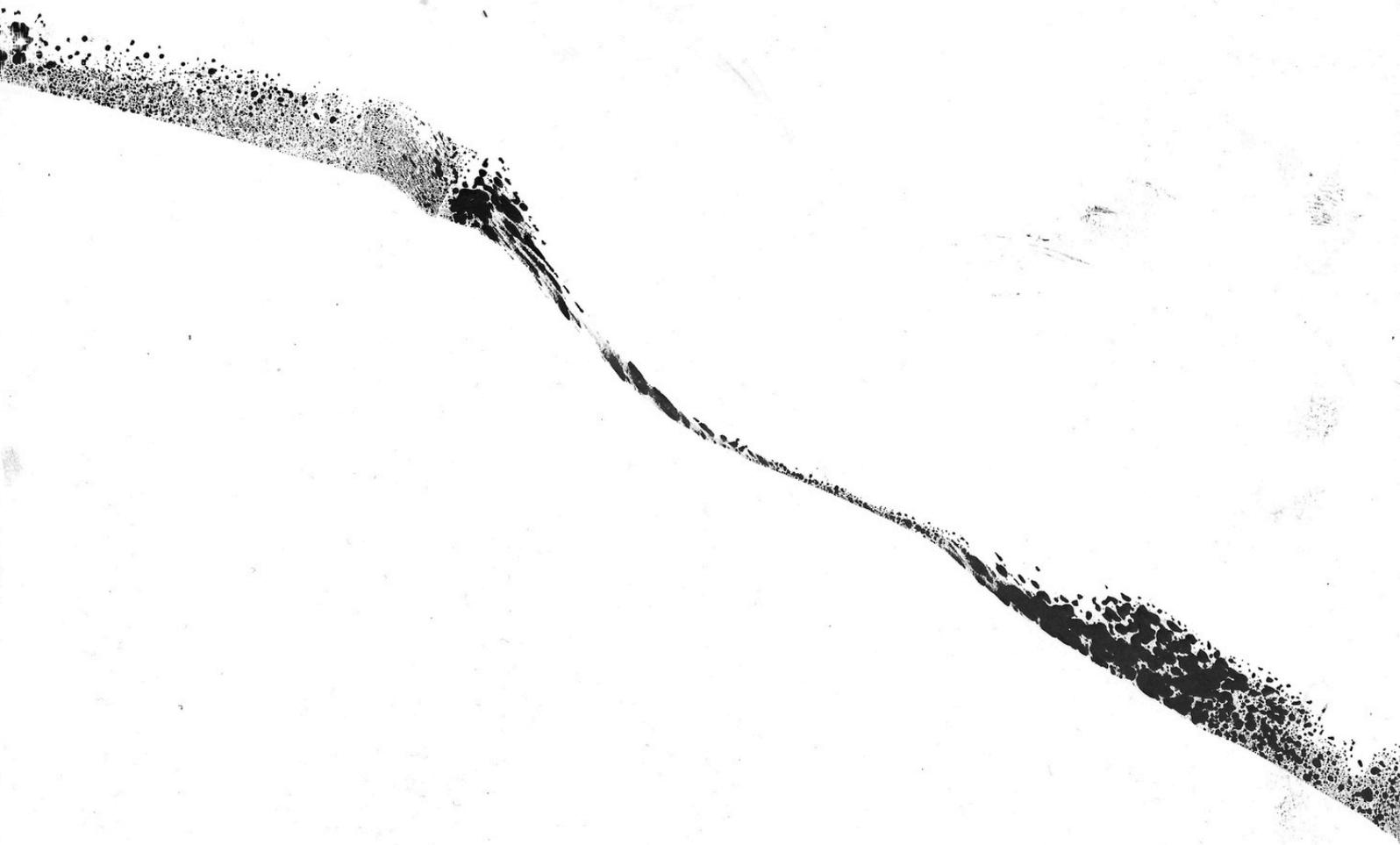


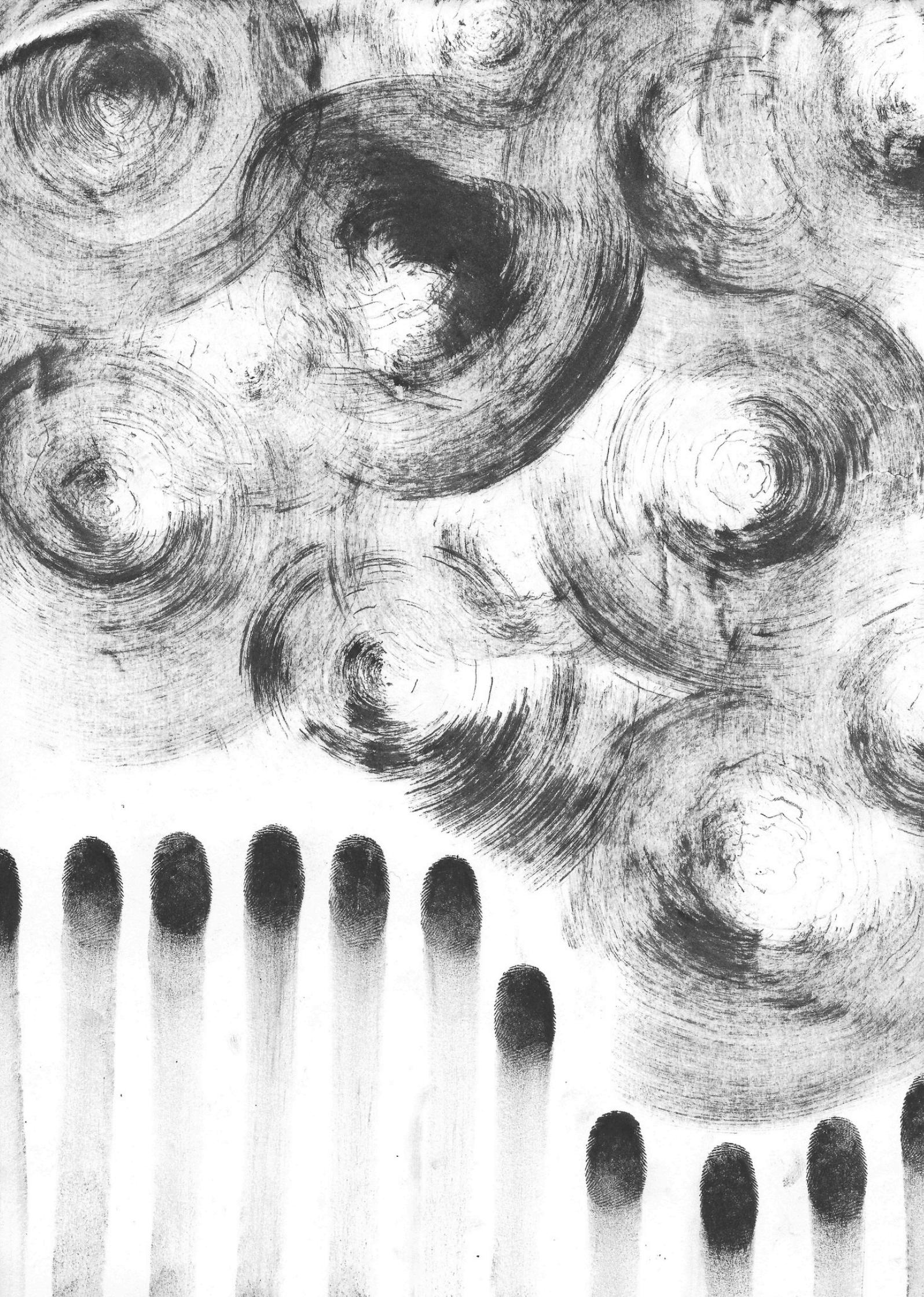


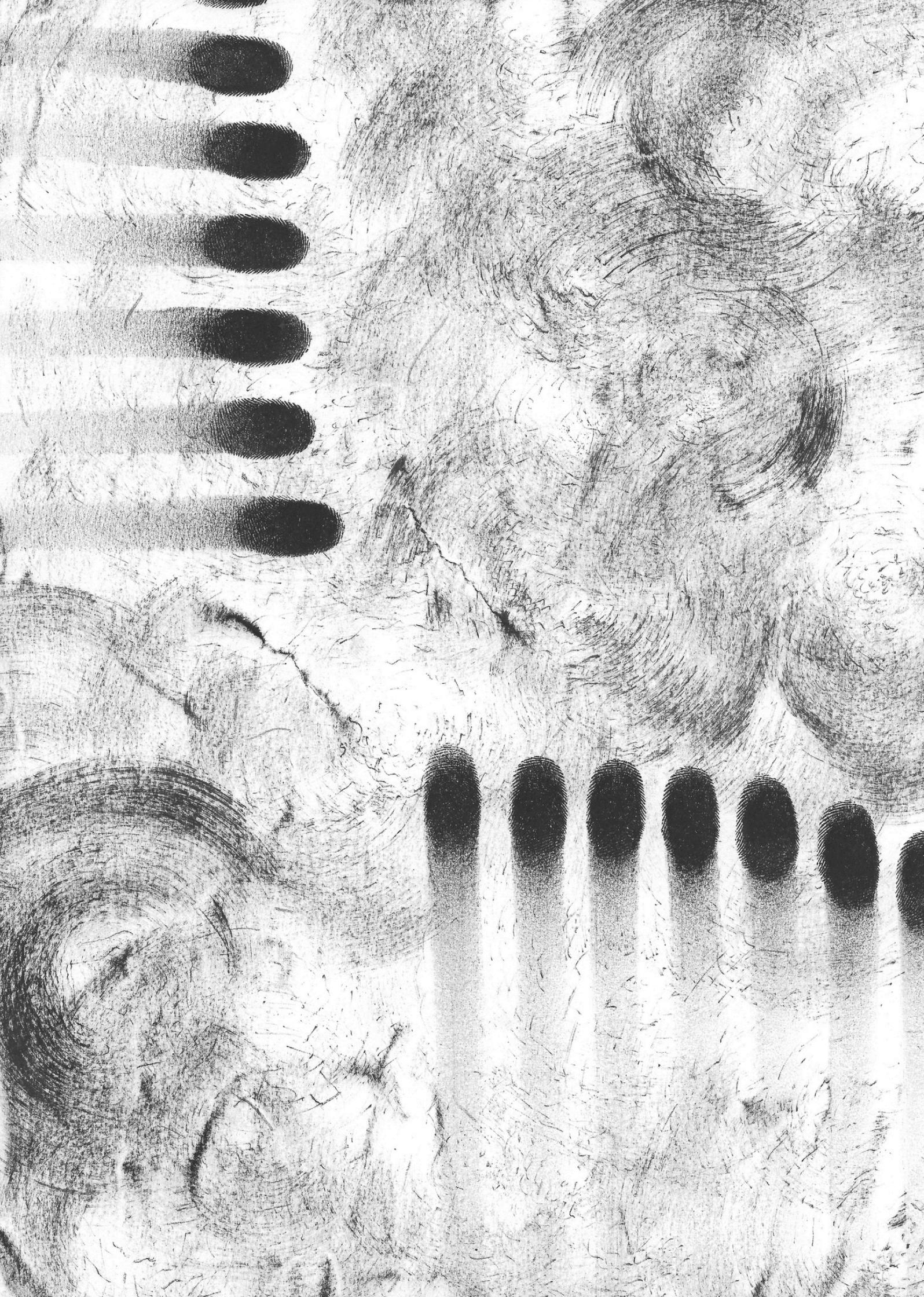


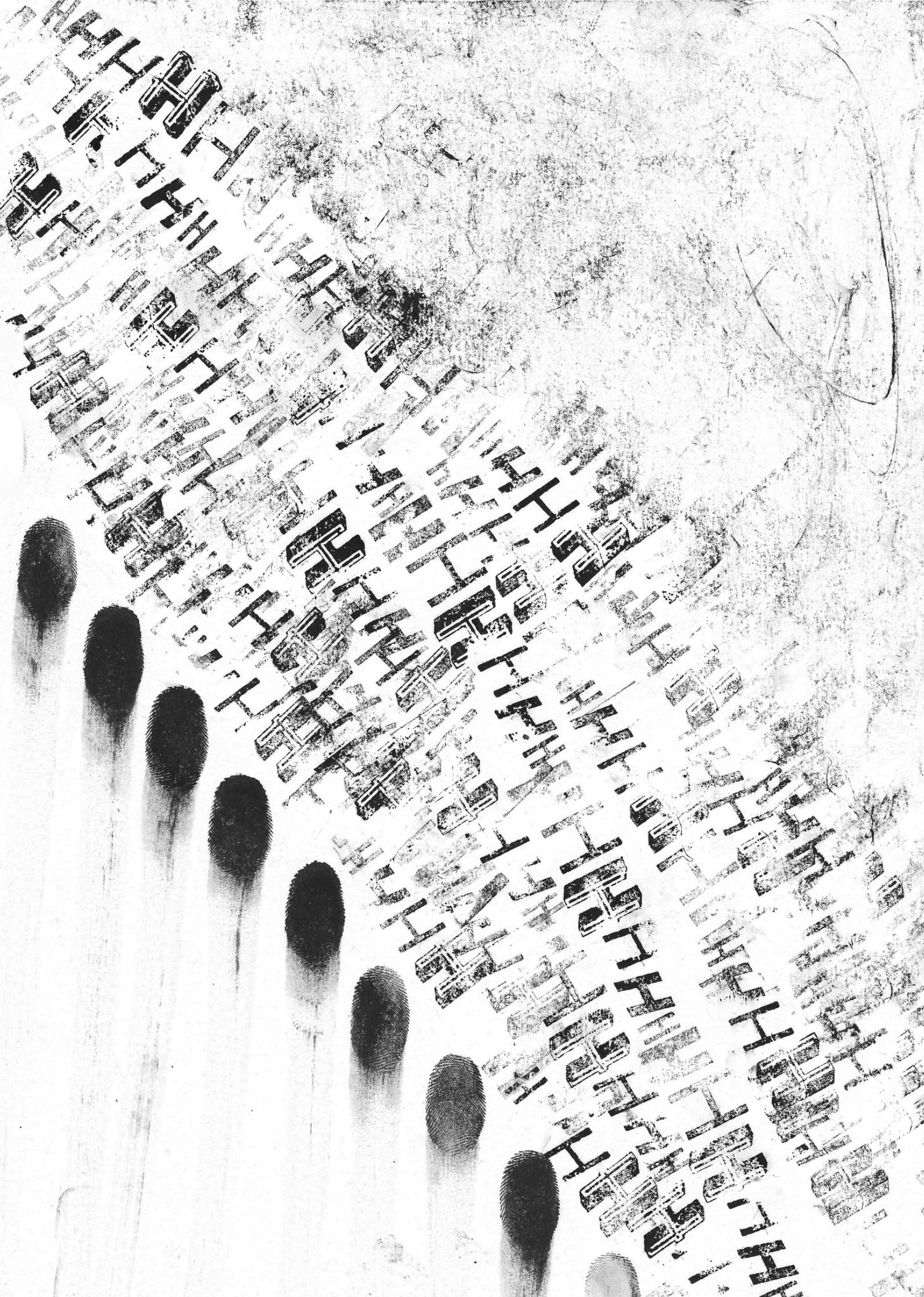




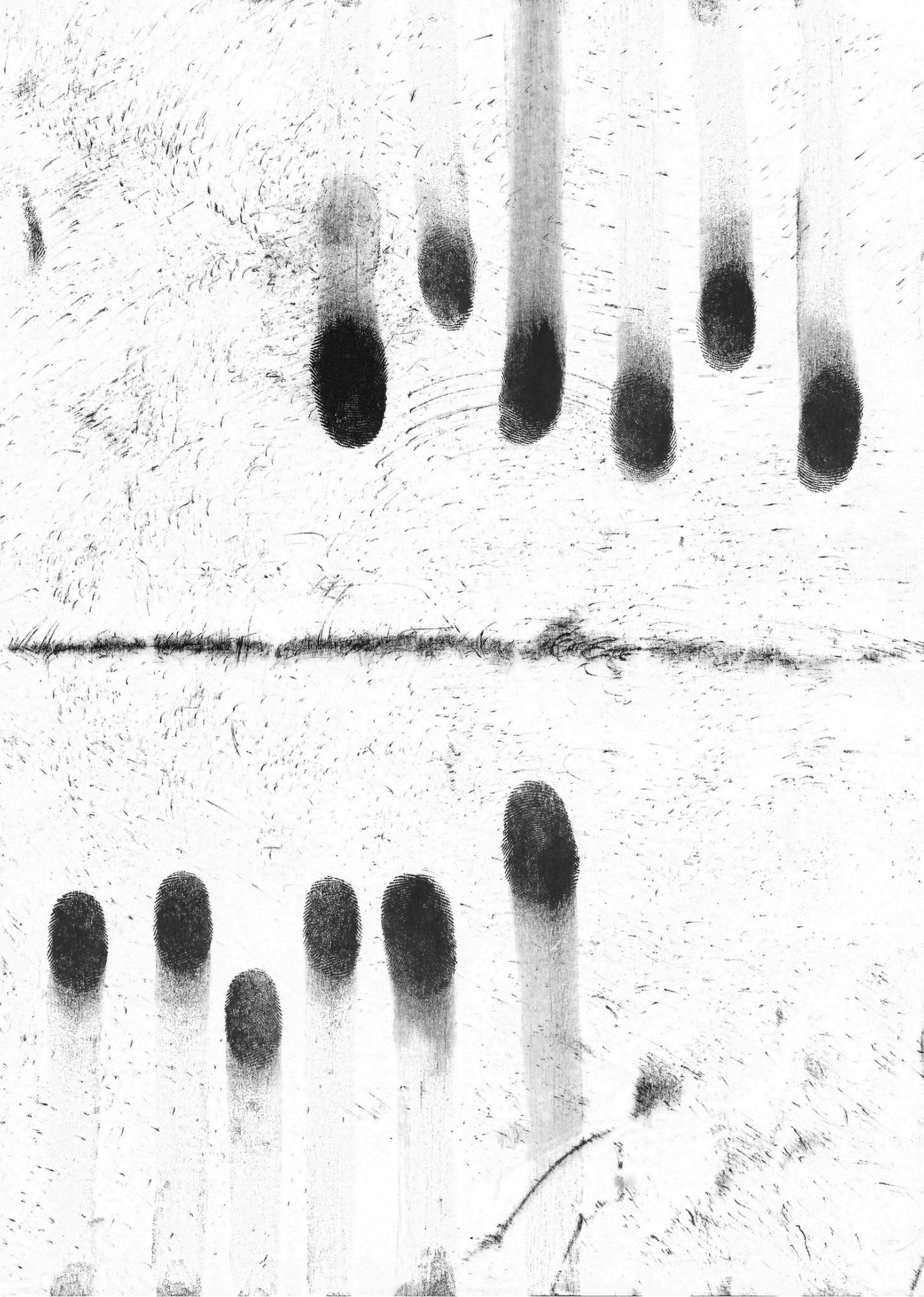


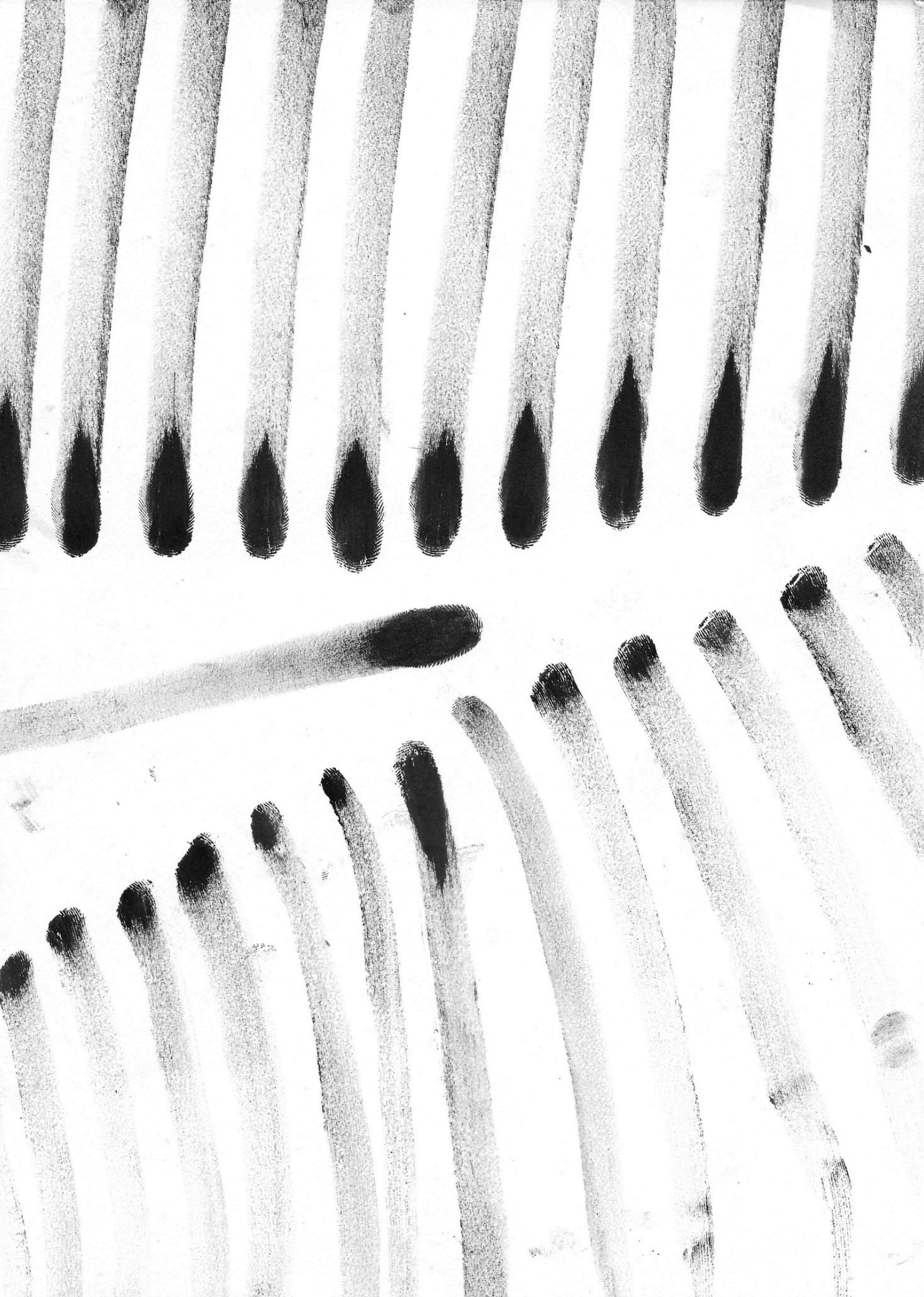




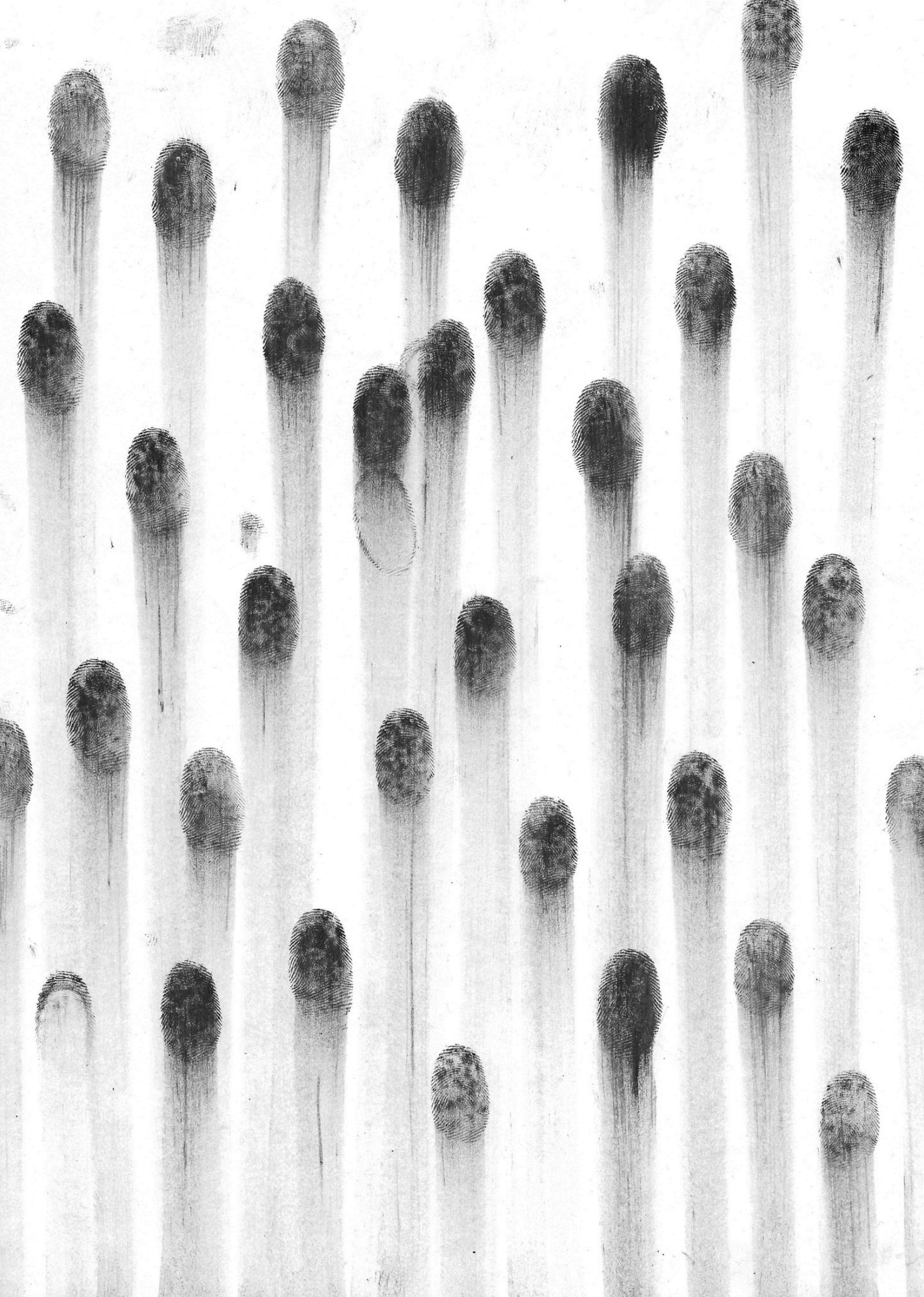




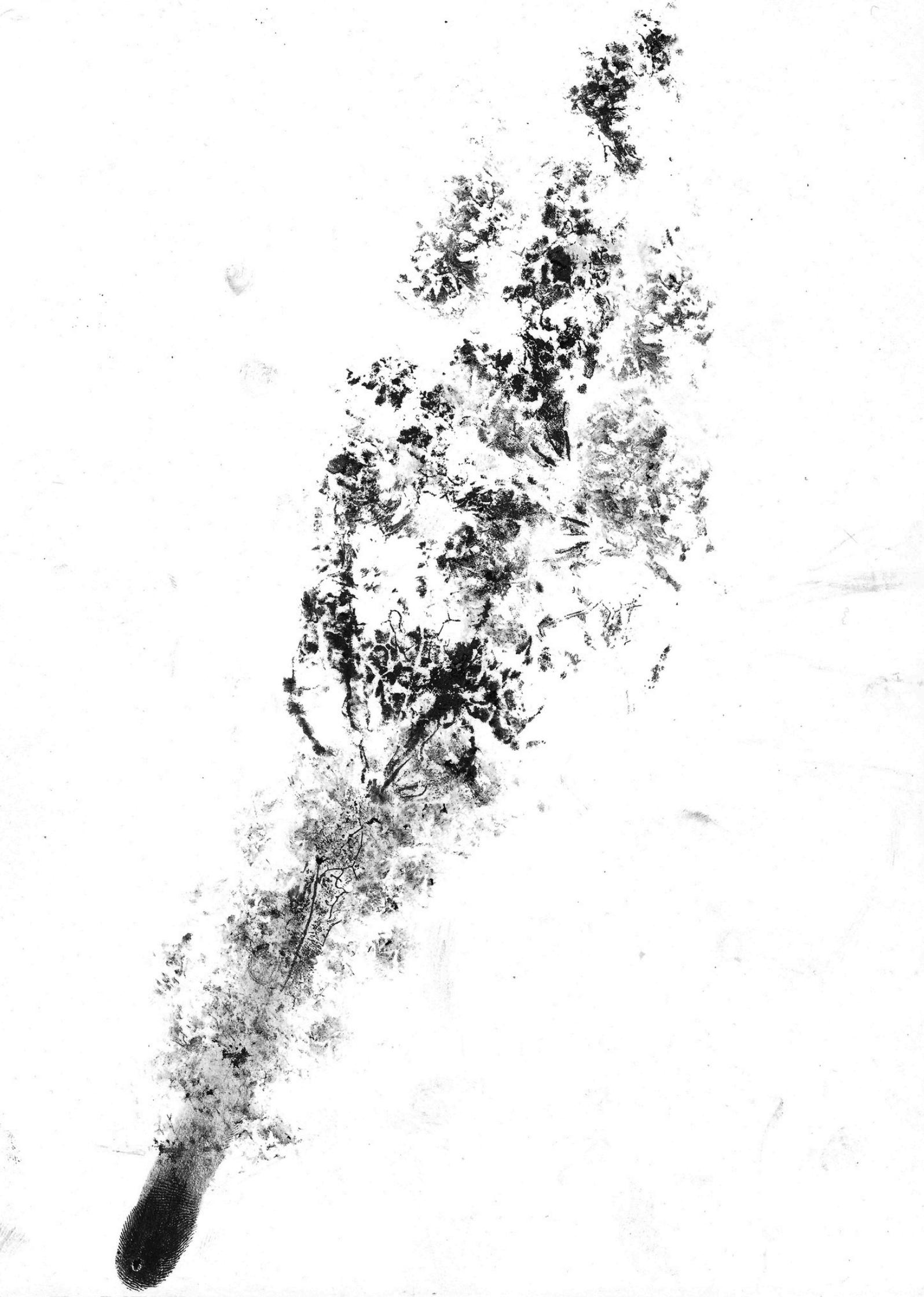












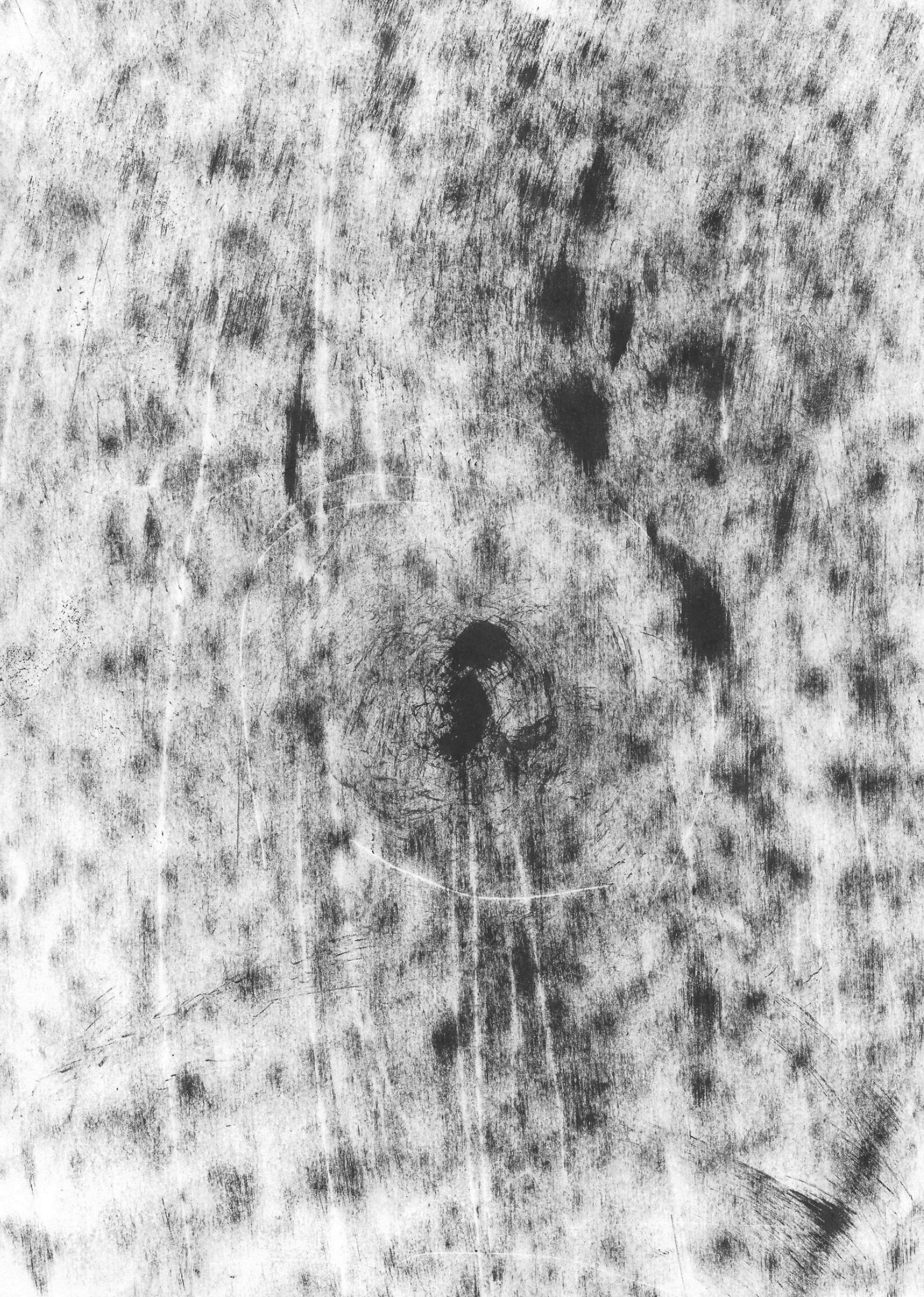




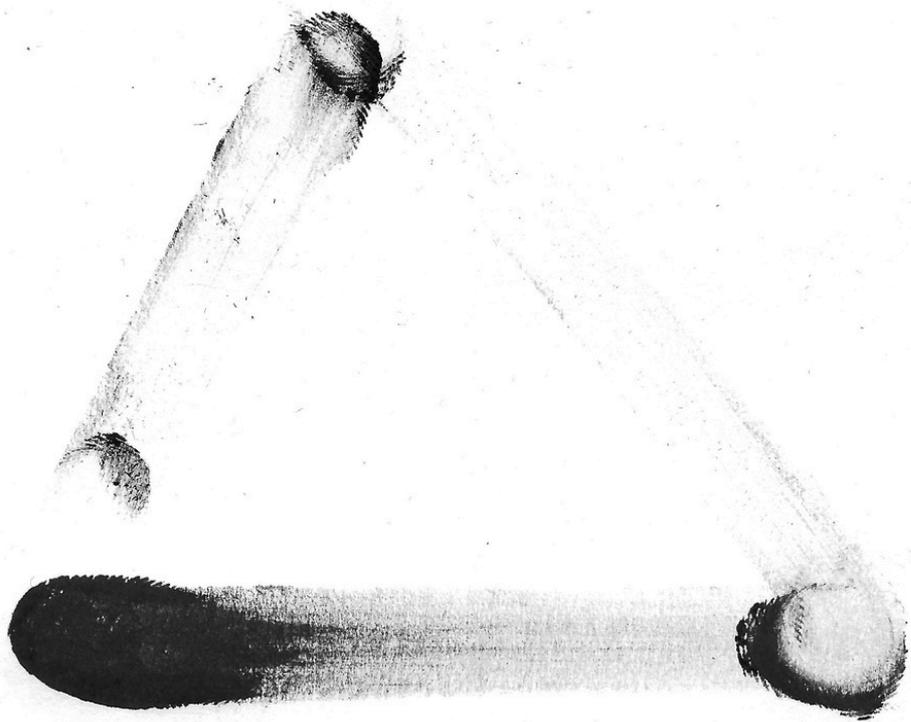


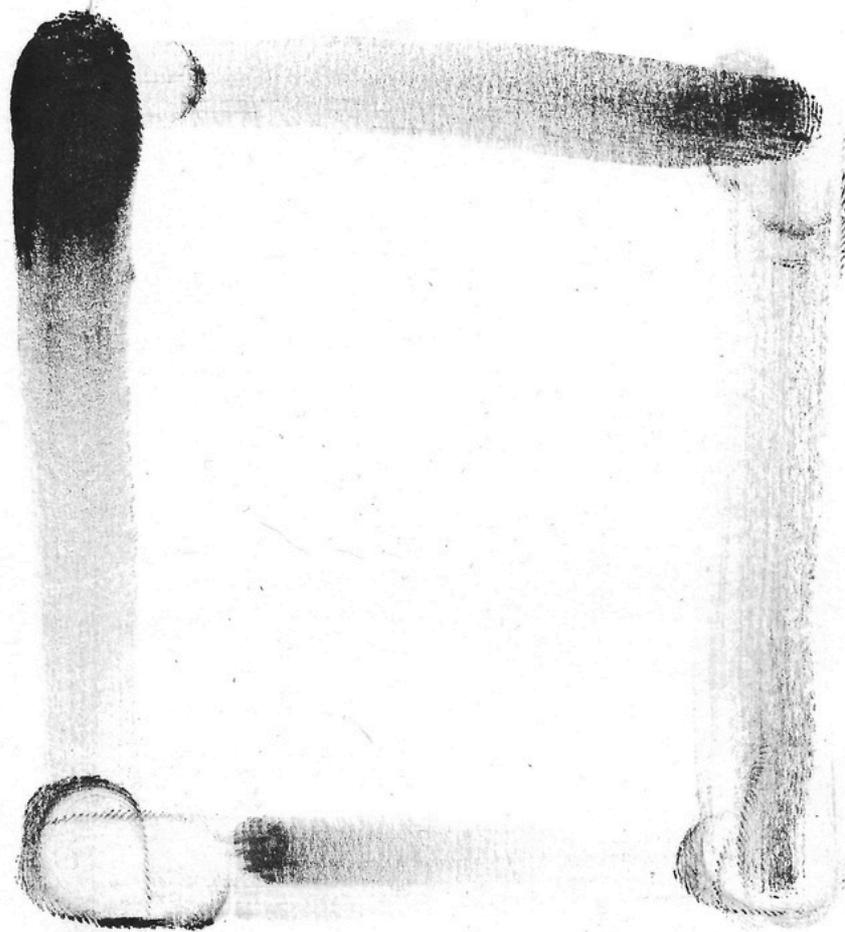












**a la memoria de
Kawabata Konoë**

**en agradecimiento a
Iván Díaz Sancho**

**con la colaboración de
Rin**

**Olafur Anthed
2025**